

Libros

LA SALVACION DEL TESORO ARTISTICO

El 23 de julio de 1936, en pleno albor de llamas de la Guerra Civil, nace la denominada Junta de Incautación del Tesoro Artístico con el fin de preservar los bienes culturales del país al amparo del legítimo Gobierno republicano. Tal como se señala en el artículo primero del decreto del 25 de julio del aciago año, la nueva institución depende directamente del director general de Bellas Artes, a la sazón el pintor José Renau. El organismo viene a la vida cultural de España con la misión de conservar el tesoro artístico nacional, puesto en innegable peligro al estallar la conflagración civil. Las distintas operaciones se encomiendan a una larga serie de intelectuales —tén-gase en cuenta que el origen de la idea del nacimiento de la Junta estuvo en los escritores de la Alianza de Intelectuales Antifascistas—, que llevaron a cabo una difícil empresa, aun a riesgo de sus propias vidas. Uno de esos entusiastas intelectuales fue **María Teresa León**. Pues bien, las acciones de salvaguarda y traslado de piezas artísticas en las que intervino la compañera de Rafael Alberti, las dejó plasmadas ella misma en un hermoso y patético testimonio titulado «**La Historia tiene la palabra**». En la reciente primera



edición española —la obra se publicó inicialmente en Argentina en el año 1944—, nos viene de la mano de Gonzalo Santonja, además director de la editorial que la ha acogido (1). En su justa introducción, Santonja nos pone al corriente del momento histórico en que la Junta surge, así como efectúa la presentación de hechos que giran alrededor de la narración de María Teresa León. Tras el texto que da título al libro, el editor ha tenido a bien insertar un interesantísimo apéndice documental, sin duda difícil de conseguir. Tal apéndice nos pone en las manos una serie de testimonios periodísticos sobre los asuntos de la Junta, que van desde una colaboración de Alberti —«Mi última visita al Museo del Prado»— en la revista «El Mono Azul», hasta el informe dado por Frederic Kenyon, antiguo director del British Museum, sobre la eficacia y buen término de la labor prestada por la Junta en el rescate de las obras de arte a ella encomendadas. Todo ello coadyuva perfectamente para la más auténtica comprensión de un fenómeno cultural que resultó desde el principio milagroso en un ambiente tan hostil.

Centrándonos ya en el texto de María Teresa León, hemos de advertir la trascendencia de la narración de los hechos acaecidos. No sólo en la agilidad literaria demostrada —lo cual no es nuevo en María Teresa León a estas alturas—, sino también en la amorosa dedicación a un empeño cultural de tanta envergadura, como era la empresa de salvar el tesoro nacional.

Tres fueron los hechos de esta índole en los que intervino directamente María Teresa. El primero ocurrió en Toledo, con el cuidado y rescate de unos cuadros del Greco. El segundo tuvo lugar en El Escorial, adonde acudió junto a Moñino y Serrano Plaja. Y, por fin, el tercero aconteció en el Museo del Prado. Es a éste al que la autora dedica una mayor atención, puesto que se trataba del centro pictórico de España.

El texto de María Teresa León no

(1) **María Teresa León: «La Historia tiene la palabra»**. Prólogo, selección del apéndice y notas de Gonzalo Santonja. Editorial Hispamerca. Madrid, 1977.

hace concesiones al sentimentalismo en ningún momento; es ante todo un testimonio nada parcial de unos hechos que, gracias a su intervención, no llegaron a herir lo fundamental del patrimonio artístico nacional. Y la bondad de tales tareas nos la vendría a confirmar la Historia, como siempre, con el tiempo ■ **FIDEL VILLAR RIBOT**

ESPAÑA, UNA HISTORIA SIN BONANZA

La nómina de los viajeros por España es inmensa: Strabon, Avieno, Dantisco, Navagiero, Howell, Irving, Dumas, Ford, Borrow, Ford, Carnavon, Beckford, Gautier, Murray, Hare, Clark, Inglis, Cunningham, Graham, Hugo, el cardenal de Retz, Trotsky, Braham, Ehreburg... ¿Tiene interés —podría preguntarme el sufrido lector— hablar de uno más? ¿Y por qué no?, contestaría yo, si se me permite seguir utilizando esta mayéutica para andar por casa. ¿Por qué no —sigo— si éste no es un viajero más, sino un viajero casi doblemente español por hijo de españoles y nacido en América? Y todavía podemos continuar con añadidos, pues el viajero además no era un turista, ni siquiera vino a nuestro país como podía haber ido a otro. El viajero se llama **Carlos M. Rama** y es un historiador y un escritor: un escribidor, asegura él. Un hombre que no hace otra cosa que contar al papel sus reflexiones, sus emociones, el resultado de sus trabajos...

El autor era ya un estudioso del tema español (ya hemos hablado aquí de la reedición de su famoso libro **La crisis española del siglo XX**). Vino a España por vez primera en 1953. El me cuenta cómo:

—Vine a España con mi familia y un matrimonio amigo. Hicimos el viaje en un auto que me había comprado poco antes. En total andaríamos unos seis mil kilómetros y el auto se pinchó varias veces, porque las carreteras eran malas y estaban llenas de clavos de herradura.

El resultado de este periplo fue su **Itinerario español**. Un cuaderno o

Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea

Carlos M. Rama



diario de viaje de gran interés, incluso para aquellos que no tengan el fructivo vicio de la afición a este tipo de literatura. Rama era y es, por decirlo en términos tecnocráticos, un experto de España. Y eso se nota en los treinta y siete cortos apartados de su relato. Porque hay aquí un sentido del devenir histórico, junto a los jugosos apuntes casi costumbristas, el vivo sentimiento de nuestros grandes pintores («*aunque uno no vaya a misa uno tiene sus devociones*», me dice), interpretaciones de la historia españolas, etc... Y hasta valoraciones casi premonitorias de un urbanista como Ildefonso Cerdá.

Librito de varias lecturas, como diría un pedante, lo es también en sentido literal: porque hay que releer sus capítulos para extraerle todo el jugo que contiene. **Itinerario español** es, además, un documento histórico de una etapa reciente, aunque a veces parezca muy lejana. Es la España de 1953, España de jararquías y voluntariedad, de mujeres fregando suelos arrodilladas, de legiones de peones camineros y trabajadores de carretera que laboran en un mundo donde todavía no parece haber llegado la máquina.

Como Rama es uruguayo de Montevideo, hijo de gallegos y estudioso de nuestra historia («*una historia que desconoce la bonanza*»), el libro es asimismo una especie de interpretación de urgencia de España desde América.

Rama, lector del Quijote y de la Biblia, compró en España su quinto

«quijote». Volvió en 1973 y llevó otro nuevo diario (ya hemos señalado que por fortuna tiene tendencia a la grafomanía). Esperemos una edición de este segundo itinerario español de veinte años después. El primero aparece ahora en Júcar como coda de su último libro **Ideología, regiones y clases sociales en la España contemporánea** ■ VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.

LA AVENTURA DE LOS PIONEROS ESPAÑOLES

No es frecuente, cuando se habla del descubrimiento, conquista y colonización de América por los españoles, mencionar la penosa y brillante a la vez aventura por las tierras de América del Norte (suroeste de Estados Unidos y México) a que se lanzó un grupo de intrépidos descubridores durante los siglos XVI y XVII. Pequeña y rápida, cuando no brilla por su ausencia, es también la mención que encontramos en nuestros libros de EGB o BUP (no es exclusivo el problema de los libros de texto estadounidenses). **Pioneros españoles en el lejano Oeste** (1) viene a llenar este hueco. Sin grandes pretensiones históricas pero con notable humanidad y apasionamiento, podemos seguir aquí los pormenores de esta aventura narrada con un bagaje literario, no exento de ciertos ribetes chauvinistas, y una amenidad tan singulares que mantienen el tono de interés por la lectura.

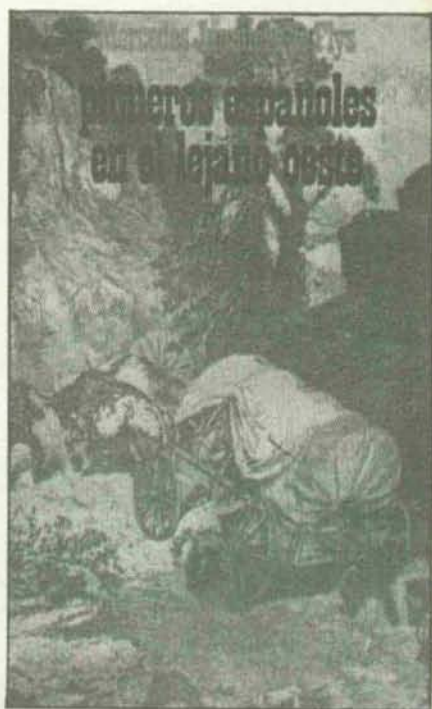
La penetración en Nuevo México —como tantas otras ya en el Norte, ya en el Sur— la realiza un puñado de hombres al mando de Francisco Vázquez de Coronado, quienes siguen las tradicionales ceremonias al uso: amonestación a los indios, subsiguiente escaramuza o pequeña batalla y propágación de la religión. Así se iba conquistando a los aborígenes de esta zona, a los que, por su semejanza con las costumbres del pueblo español, llamaban los expedicionarios «indios pueblos». El descubrimiento del Gran Cañón del Colorado, la exploración del valle del Río

(1) Mercedes Junquera de Flys: «Pioneros españoles en el lejano Oeste». Madrid. Editorial Doncel, 227 p.

Grande (tras las huellas de Alvar Núñez Cabeza de Vaca), la fundación de Nuevo México por Juan de Oñate (quien dejó testimonio de su paso por aquellas tierras en una inscripción hecha en una gran roca), la conquista, en fin, realizada por Diego de Vargas, son otras tantas etapas destacadas en este triple deseo de descubrimiento de nuevos territorios, búsqueda de fama y riqueza, y cumplimiento de la misión evangelizadora.

La penetración en Texas (que debe su nombre a los habitantes primitivos, los indios texas) reúne unas características diferentes. Se realiza, más que por el aliciente de las riquezas, por el impulso evangelizador de los misioneros y, sobre todo, por la presencia de Francia en la zona, con la que se mantuvieron continuas luchas en las que los indios jugaron un papel importante.

No podían faltar, al hablar de California, las figuras de Fray Junípero Serra, la recientemente exaltada y difundida —con ocasión del Bicente-



nario de los Estados Unidos— de José Gálvez (en quien depositó su confianza el virrey de Nueva España, Carlos Francisco de Croix, para la expulsión de los jesuitas ordenada por Carlos III), las tareas que conjuntamente emprendieron ambos para la colonización y poblamiento de la larga costa de la Alta California, y las penetraciones del pirata Drake en las costas californianas ■ JUAN MANUEL DE LA TORRE.